



“Siempre hay algún pozo para hacer”

Madagascar, tierra de esperanza

P. Manuel Garrido, es un misionero paúl, de sesenta y cinco años y que desde hace treinta y ocho vive en **Madagascar**. Más concretamente en una región semidesértica del extremo sur del país, **Androy**, que tiene una extensión de 50.000 km² y una población de 696.000 habitantes, que viven muy dispersos, con muy pocos pueblos grandes.

P. Garrido gasta largas barbas y aunque normalmente se expresa en castellano, no ha perdido un fuerte acento de la tierra que lo vio nacer. Le gusta hablar de todo pero especialmente de la tierra donde vive...

Madagascar es una isla paradisíaca que tiene todos los climas posibles, una tierra preciosa cuando hay agua, bien de la lluvia, bien de pozos. La tierra rica es fecunda. La lengua oficial es el malgache, aunque en la selva se hablan dialectos. El país fue colonizado por los Ingleses en 1820 y luego por los franceses desde 1896 hasta 1960 que se independizó. Es verdad que nos faltan muchas cosas: no hay luz, ni asfalto en las carreteras pero nos arreglamos con el candil y con buen ánimo... En donde vivo el clima siempre es caluroso.

“Hay mucha pobreza”

¿Cómo es la gente?

Pobre, muy pobre. Es un pueblo de cazadores y pastores. Viven casi en la prehistoria. Hay mucha pobreza. En la comida son muy austeros, y gracias a eso sobreviven. Normalmente comen una vez al día de la cosecha que hay en ese momento: cuando hay mandioca comen mandioca, cuando hay arroz, toca comer arroz, lo mismo hay que decir de los boniatos, o del maíz. Con un euro al día puede comer una familia de cinco personas. No se suele comer carne. La carne queda reservada para los funerales. Cuando muere alguien, acuden todos los vecinos a comer a la casa del difunto, que se le mantiene sin enterrar durante meses... La familia del fallecido mata los bueyes para brindarlos a los que acuden... Aunque son amigos de la fiesta, son también sufridos, asumen el dolor y la muerte con resignación. La familia está bien estructurada y, aunque existe la poligamia, hay un cierto orden y se sienten protegidos por las leyes tribales. Tienen un alto índice de natalidad (entre cinco y quince hijos por mujer), los hijos son una riqueza, es la fuerza de la vida, coman o no coman, estudien o no... Todo esto configura a un pueblo acogedor y generoso. En sus casas siempre hay sitio para otro.

¿Qué urgencias tiene este pueblo?

Se trabaja simplemente para sobrevivir. También debiera ser importante la educación pero solo en las grandes ciudades se va consiguiendo. La sanidad está muy mal, la enfermedad más frecuente es el paludismo. Para llegar a un hospital hay que caminar muchos kilómetros y por eso recurren a los curanderos, a la medicina natural con hierbas que no siempre hace efecto. El gobierno está ayudando algo... pero estamos muy lejos de encontrar soluciones.

“Es fundamental estar con la gente, visitar”

¿Y usted qué hace ahí?

Mi vida diaria comienza con la oración de la mañana, luego salgo de casa y visito algún poblado. Es fundamental estar con la gente, visitar. Además siempre hay algún pozo para hacer... Al menos durante un año lo fundamental es estar, para que nos conozcan y cojan confianza. Después de ese tiempo comenzamos con el catecismo, intentamos abrir una escuela, y preparamos el catecumenado que dura un mínimo de año y medio y un máximo de tres años. Para atender a esta población tenemos seis centros de Padres Paules y seis centros más de Hijas de la Caridad. En muchos poblados los cristianos son apenas el 1%, el resto son animistas.

Una vez que se bautizan, suelen ser buenos cristianos, especialmente las muchachas, hasta que llega el tiempo del matrimonio. Si el chico es pagano, las chicas fácilmente abandonan.

¿Cómo es la iglesia de Madagascar?

Es una Iglesia muy joven. El primer sacerdote nativo se ordenó en 1925, el primer Obispo en 1939, en 1955 se estableció la Jerarquía... Hoy hay un Nuncio, 19 Diócesis, 6 Archidiócesis... incluso un Cardenal. Tenemos tres grandes seminarios para el país y además cada Diócesis tiene su Seminario Menor. Además muchas congregaciones tienen también sus propias casas de formación. Gracias a Dios hay muchas vocaciones y la Iglesia es autónoma, de tal forma que si hoy desapareciéramos los misioneros, la Iglesia continuaría. Es una Iglesia dinámica, fervorosa. El pueblo malgache es muy religioso, le gusta asistir a las celebraciones... Es un pueblo con esperanza, aunque no podemos engañarnos: el cristianismo crece en las ciudades pero en el campo más del 90% siguen siendo animistas, especialmente en la costa. Necesitamos trabajar con ahínco en la formación de los laicos.

“En la oración está la fuerza”

P. Garrido, ¿cómo vive todo esto que nos cuenta?

Cuesta adaptarse a las costumbres, al clima, a la gente... pero estoy contento, es gratificante ver lo que agradecen lo poco que hacemos. Es un trabajo muy diferente al de aquí y por eso es difícil el retorno, dejar aquello... En la oración está la fuerza para poder sostenerme en todos los sentidos. El encuentro con el Señor en los sacramentos es fundamental para afrontar el trabajo. Contemplar a Jesucristo es abrir un interrogante permanente a mi vida.

¿Podemos hacer algo para ayudarlo en esta tarea?

Todos podemos aportar nuestro granito de arena, con la oración especialmente, pero también con un poco de ayuda material para que algún niño pueda aprender a escribir, para que una mamá pueda dar de comer a sus hijos, para que un joven pueda formarse, para... ¡Son tantas las necesidades! Ojalá haya quien pueda auxiliar... Si alguno se anima las ayudas pueden entregarlas en los Padres Paules de Cruz Alta (La Milagrosa), o bien en la Delegación de Misiones.



“Los hijos son una riqueza, son la fuerza de la vida”

Paraguay: donde Lázaro evangeliza a Epulón

Xosé Manuel Domínguez Prieto bien conocido en esta sección, nos cuenta, de manera apasionada, su vivencia en un país pobre. Él dice haberse sentido interpelado por lo que allí vivió... Ojalá su experiencia nos ayude a nosotros a mantener el corazón abierto para percibir el paso de Dios.

Los pobres nos evangelizan, nos educan, nos humanizan. Por mucho que les entreguemos, siempre recibimos más de ellos. Esta es la impresión, un año más, que he tenido a mi vuelta de Paraguay, uno de los países más deprimidos económicamente de Sudamérica. Aunque a priori mi vínculo con este país en el corazón del Cono Sur fue simplemente académico, pues iba y voy allá a impartir cursos de postgrado y doctorado a profesores de la Universidad Católica, resultó ser toda una conmoción personal al 'tocar pobre' de una manera generalizada.



“Ante los pobres podemos cerrar los ojos, o ponerse a trabajar”

A los que somos burguesitos bien instalados y bien alimentados en países ricos como España, al encontrarnos en países del Sur (que puede ser Paraguay, o puede ser Perú, Bolivia, Uganda... hay demasiado donde elegir), nos cabe tomar dos actitudes: la primera, la más general, la de cerrar los ojos a la pobreza y a los pobres ('porque siempre son desagradables') y dedicarnos a hacer turismo y a vivir como reyes en las narices del indigente. La otra opción es dejarse descentrar, dejarse desinstalar, hacerse cargo de la situación y ponerse a trabajar para hacer algo. Por mi parte, opté inicialmente en no cerrar los ojos. Y lo que vi fueron muchos niños moribundos por hambre en todas las calles, hospitales sin la mínima dotación (al que sólo acceden, además, el 20% de la población), basureros inmensos en los que miles de pobres, por turnos, rebuscan en la basura, jóvenes tirados en las orillas de las carreteras sin nada que hacer, casi todas las casas sin más enseres que un colchón y una cacerola. El 75% de los habitantes viven con menos del sueldo mínimo de allá (que son menos de 150 euros mensuales, lo que lleva a la malnutrición a casi toda la población). Incluso los que 'están bien', entre los que están mis amigos profesores, han perdido el 80% de su poder adquisitivo respecto de hace 10 años: se les ha bajado el sueldo continuamente (eso cuando cobran, que no suele ser todos los meses) y su moneda se ha devaluado, sólo el último año, el 100%. Pero estos últimos, que a penas pueden tener para seguir viviendo con dignidad, dedican parte de su escaso sueldo a ayudar a los más pobres, haciendo comedores populares, construyendo casas o guarderías para las madres que rebuscan en los basureros. Todo con una inmensa alegría y sin regatear tiempo ni dinero. Pero también los pobres estaban

alegres, con una alegría que raramente encontramos entre nosotros. Y será porque su modo de vida, pacífico, familiar, con tiempo para cultivar la amistad, generoso y solidario, es mucho más humano que el nuestro.

En fin: tanta pobreza y tanta alegría despiertan a quien se deja despertar. Y, despertando, me puse manos a la obra en lo que estaba en mi mano. En primer lugar, como trabajo en la producción y promoción de libros de pensamiento personalista y comunitario en el Instituto Emmanuel Mounier, les hemos estado llevando gratuitamente miles de libros (cientos de kilos) de formación. Los libros son allí una necesidad tan grande como el pan. Y casi nadie (¡ni los profesores!) pueden pagarse el precio de los libros porque allí todos son de importación y los intermediarios, auténticos usureros, se lo ponen a precio de lujo. En segundo lugar, habiendo conocido de primera mano la situación de los niños allá, pedí a varios amigos de Ourense si me podían dar algún dinero para comprar leche maternizada, vacunas, suero y otras cuestiones de primera necesidad para la sección de Pediatría del Hospital de Clínicas. Y la respuesta de mis amigos fue tan generosa (creo que muchos ni se imaginan de verdad el bien que han hecho sus euros) que logramos proporcionar todos esos bienes de primera necesidad al hospital durante casi un año. ¡Eson son buenos amigos...y amigos buenos!

“...algo radical ha cambiado en mi vida.”

Desde que fui a Asunción (Paraguay) la primera vez, algo radical ha cambiado en mi vida. Porque todo el sufrimiento que conocí, pero también toda la alegría, han acampado en mi corazón. Y ni un solo día quiero pasar sin hacer memoria de aquel Lázaro que espera que le entregue, por lo menos, las migajas que caen de mi mesa en España.

Xosé Manuel Domínguez Prieto